



por ricardo doménech

"los soldados lloran de noche", de ana maría matute

UNA nueva novela de Ana María Matute: "Los soldados lloran de noche" (Ediciones "Destino". Colección "Anhora y Delfín". Barcelona, 1964.) Es preciso añadir que se trata del segundo volumen de la trilogía "Los mercaderes", trilogía que la autora inició con "Primera memoria" (Premio "Eugenio Nadal" 1959) y que, según se nos dice en la solapa del libro, será completada con "La trampa". Y es preciso añadir, asimismo, que "Los soldados lloran de noche" constituye un relato de gran interés.

Los personajes se destacan poderosamente en esta obra: Marta y Manuel. Son personajes condicionados por un medio hostil, con una infancia especialmente desgraciada. No son personajes grandiosos, pero su humanidad es rica y verdadera, y esa humanidad hoy que buscamos precisamente en su condición de seres vulgares. A Marta y a Manuel nos los podemos encontrar cualquier día en la calle, en el metro o en la oficina. De ellos no hablarán nunca los periódicos, no serán citados en ninguna crónica de guerra. Ellos no han hecho la Historia, pero han vivido su momento histórico y los demás la han vivido con autenticidad, aunque quizá sin ellos saberlo. La imagen mítica del revolucionario feza nos da, por contraste, la exacta medida de su mediocridad y, también, de su calidad humana.

"Los soldados lloran de noche" no es una novela de la guerra, sino más bien una novela sobre la otra cara de la guerra: Probablemente no sólo por su materia temática, sino también por la forma en que ésta ha sido desarrollada, hoy en la narración —del principio al fin— una atmósfera de tragedia, de tensiones psíquicas, de amarguras, de tristeza, de melancolía... La prosa de Ana María Matute sigue siendo barroca, henchida de metáforas coloristas, pero es de advertir que, en comparación con otros títulos anteriores, la autora ha llegado a una mayor sencillez expresiva, a una mayor espontaneidad y precisión.

"el futuro de la universidad", de José Luis I. Aranguren

HACIA 1930 Ortega y Gasset dio una conferencia titulada "Misión de la Universidad". Se trataba de un diagnóstico y una crítica de la Universidad española, y en ella se postulaban algunos puntos esenciales para la necesaria reforma. Tengo entendido que este diagnóstico tuvo gran repercusión, como en general todos los de Ortega, y que durante mucho tiempo constituyó un punto de obligada referencia.

El profesor José Luis L. Aranguren acaba de publicar el texto de otra conferencia sobre la Universidad: "El futuro de la Universidad" (Ediciones Taurus, Madrid, 1964). Es también un diagnóstico y una crítica. Y aunque muchos de los puntos de vista que sostiene Aranguren me parecen objetables, creo que la importancia de este análisis suyo es enorme, porque ha acertado a decir esa media docena de cosas que había que decir, y que nadie decía, del mismo modo que Ortega dijo lo que había de decir de la Universidad española de 1930.

Como la conferencia de Ortega, la de Aranguren es muy realista, muy concreta y muy oportuna. Todos los graves problemas que hoy tiene planteados la Universidad son analizados y valorados. Y tras este análisis y esta valoración, una conclusión se abre paso por sí sola: hace falta una renovación de la Universidad, una Universidad más realista, más dinámica, pero la responsabilidad de esa renovación no puede ser asumida exclusivamente por un grupo, sino que ha de ser asumida —integralmente— por el Estado.

UN "WESTERN" KENNEDIANO

JUNTO a los grandes «westerns» realizados con profusión de estrellas importantes en el reparto y presupuestos fabulosos, coexisten —y esto desde el principio del Imperio de Hollywood en el mercado cinematográfico mundial— otros «westerns» menores, realizados con pocos medios e interpretados por viejos actores en decadencia o por principiantes desconocidos y destinados a las salas de segundo orden o a los complementos de programa en los países que proyectan dos películas por sesión. De esta cantera han salido con frecuencia excelentes películas, siempre que se las considere dentro del apartado a que pertenecen. Productoras como la «Republic» o la «Monogram» han lanzado al mercado, durante años y más años, «westerns» de serie B, en los que no han tenido inconveniente en intervenir algunas de las figuras más relevantes del género. Y, por otra parte, este tipo de producción ha servido para dar la primera oportunidad a jóvenes realizadores que de otro modo difícilmente habrían llegado a entrar en la profesión.

Este parece ser el caso de una película actualmente en cartel, «La ley de los sin ley», dirigida por William F. Claxton e interpretada por actores que dejaron de ser populares hace más de diez años. Se trata de una película tremendamente interesante, que está pasando inadvertida. Y que merece que se le dedique una atención. Realizada con arreglo a los métodos y a la mitología clásicos del Oeste, es, sin embargo, renovadora en sus planteamientos, a poco que se profundice en ellos. Tan alejada del «western pensante», que hizo furor en los años cincuenta, como de los producidos en serie, en que sólo cuentan las cabalgadas y la rapidez con que planos y muertes se suceden, «La ley de los sin ley» es una obra madura y reflexiva que, sin dejar de contar con uno solo de los elementos indispensables del género, los trata en profundidad y con un criterio desmitificador. Se plantea el problema de la justicia y se intenta llegar en el análisis de las causas que originan determinados estados de cosas en un momento concreto de la historia americana. Un juez llega a un pueblo donde está detenido, por asesinato, el hijo del cacique, que, además, ha sido amigo del juez en sus años mozos. El cacique, el sheriff, la mujer del saloon y los pistoleros van a enfrentarse en un juego dialéctico que terminará, después de una enconada pugna, casi como había empezado. En un final abierto, las cosas, aunque se hayan aclarado, no se han resuelto. Juegan en el asunto una serie de consideraciones de tipo estructural que hacen pensar que —puesto que las estructuras no han sido alteradas— la película va a empezar, de verdad, después de que en la pantalla ha aparecido la palabra «fin». No se piense, de ningún modo, que nos encontramos ante una película «de tesis» o ante un aburrido alegato oratorio. Nada de eso. Ninguno de los elementos básicos del «western» falta. Las escenas de violencia son de las más conseguidas del cine de los últimos años, y hacen pensar en las mejores de la década 30-40. La tensión está latente a todo lo largo del film, e incluso se mezclan a sus elementos característicos otros de la novela policíaca o del film procesal. En una mezcla realizada con notable talento, se llega a una exposición rigurosa, recta y brillante, de un conflicto que no puede por menos de interesar. Todo ello, claro está, dentro de ese «tono menor» que no sólo imponía el presupuesto sobre el que el film se ha basado, sino que está conscientemente buscado por el director del film en función del planteamiento de que «a priori», por necesidad o por elección, ha partido. William F. Claxton procede de la televisión y éste debe ser uno de sus primeros films, si no el primero. Esto se ve en todo. En el cariño y cuidado con que se ha realizado la reconstrucción de una época y un ambiente, en el detenimiento con que se ha recogido cada gesto de los actores, en la minuciosidad con que se ha hecho el reparto y en la actitud frente a los intérpretes, todos ellos actores en boga en la época en que Claxton debía ser un chaval que no se perdía una película.

De todo el film se deduce una preocupación moral respecto de los personajes y sus comportamientos y de los condicionamientos que los motivan. Una moral que pudiéramos llamar kennediana, de apertura, de intento de comprensión y asunción de unas determinadas circunstancias. Dentro de un tratamiento clásico, sin exhibicionismos ni virtuosismos, Claxton ha conseguido un excelente ritmo interno y ha logrado una dirección de actores perfectamente ajustada, superior con mucho a lo que es habitual en esta clase de films. Los intérpretes, sin dejar de recordar el «personaje» que en sus épocas de esplendor les hizo famosos, se nos aparecen como si se tratara de actores nuevos. La edad les ha marcado positivamente —incluyendo en este apartado a Yvonne de Carlo, cuya belleza, si bien más ajada, es menos de cromo que hace veinte años— y la cámara ha ido recogiendo y subrayando los tipos más característicos, los gestos más cotidianos y vivos. Queda, en suma, una estupenda película menor, que se ve con extraordinario agrado y que hace que, desde hoy, haya que seguir con verdadera atención la obra posterior de este director un hombre honesto y con talento, que no es poco decir.

CESAR SANTOS FONTENLA

